

Nº 8 – LA IGLESIA: UN PUEBLO MESIÁNICO LLAMADO A LA SANTIDAD.

La Iglesia-Pueblo de Dios no puede dejar de escuchar y responder a lo que la Palabra revelada le pide: *-Sean santos, como yo soy santo (cf Mt 5,48; 1 Pe 1,15)* y también *-Sean santos porque yo soy santo...* (Idem 1,16). Nos reclama imitar su santidad, y ver en ella la causa de la nuestra. Es una vocación -Dios nos llama a ser santos-, y una misión: -nos envía para que nuestra conducta, semejante a la conducta fiel de Dios, mueva las inteligencias y corazones de los hombres para que el Pueblo *viva como Dios vive*-. Sabemos que en nuestros tiempos verborágicos, sobreabundan las palabras. No reniego del valor de la palabra, aunque ésta se vea -muchas veces- bastardeada y devaluada. Por eso, escribo. Pero una obra es más significativa que cien palabras. Muchas veces pongo este ejemplo: para mí, la Madre Teresa de Calcuta, dice más sobre la misericordia, que diez libros sobre dicho tema.

Frente a lo antedicho, el Concilio vio conveniente dedicar todo el Capítulo V de la *Lumen Gentium*, a este tema, con el título de: "Universal vocación a la santidad en la Iglesia", mostrando que nadie queda excluido de tal vocación, y que nadie es santo *porque quiera serlo, con las solas fuerzas de su voluntad humana*, sino porque Dios lo llama y le concede los dones más-que-suficientes para alcanzar el objetivo propuesto, que excede infinitamente nuestros deseos y esfuerzos: no me hago santo, sino que Dios me participa su santidad, por supuesto, con mi aceptación y colaboración (cf n. 39). Es una obra *de Dios*, por la mediación dolorosa de la sangre de su Hijo, *en mí*. No habrá error en afirmar que Dios no obra 'en soledad' sino conmigo. En teoría, si María no le hubiera dicho al Ángel Gabriel: *-¡Hágase en mí según Palabra!*, sabiendo que Dios le reclamaba una respuesta fiel, el Verbo de Dios no se habría hecho hombre. El fruto es común: 'de Dios' 'en y con el hombre'. Dios jamás obró sin nosotros o con violencia: nos necesita..., pues lo suyo supone y exige una respuesta libre, porque lo que pide es algo que Él propone, pero jamás impone. Al joven rico le dice: *-Si quieres ser perfecto...* Debo saber 'si quiero' o 'no quiero', para poder darle una buena respuesta que sea creíble.

¿En quién debo apoyar el deseo de santidad? ¿Cuál debe ser nuestro referente? ¿Adán antes de pecar? Es evidente que no, porque aun habiendo recibido los mejores dones de la Creación, nuestros primeros padres cayeron. Deberemos contemplar a Cristo-Muerto y Resucitado, nuevo-Adán, y calcar nuestra imagen de la suya, hombre perfecto (cf n. 40).

Pero, en la Iglesia hay diversas vocaciones que reclamarán diversas respuestas y dones distintos, para poder cumplirlas con fidelidad. Yo soy religioso y sacerdote dominico, y no puedo lamentar no tener las gracias que requiere el estado matrimonial o la vida de un monje benedictino. No necesito dones 'que no voy a usar', ni mi vocación flaqueará por esa carencia (cf n. 41).

Los 'consejos evangélicos' y la nueva Ley de las Bienaventuranzas, se sintetizarán y plasmarán en 'la caridad para con Dios y con el prójimo', *como signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo* (n. 42). Y este mismo número de la LG insistirá, diciéndonos: "Quedan, pues, *invitados* y aun *obligados*, todos los cristianos, a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro de su propio estado". La opción no se da entre 'ser santos' o 'no ser santos', sino en cómo hacer crecer la semilla de santidad sembrada en nuestro bautismo, o sea, cómo escalar un grado más en la santidad, que nunca alcanzará a la derramada

abundantemente en Jesús y en María, pero que *pueda tender* hacia ella. Es el trabajo de Dios, a lo largo de nuestra vida (*fr Héctor Muñoz op*).